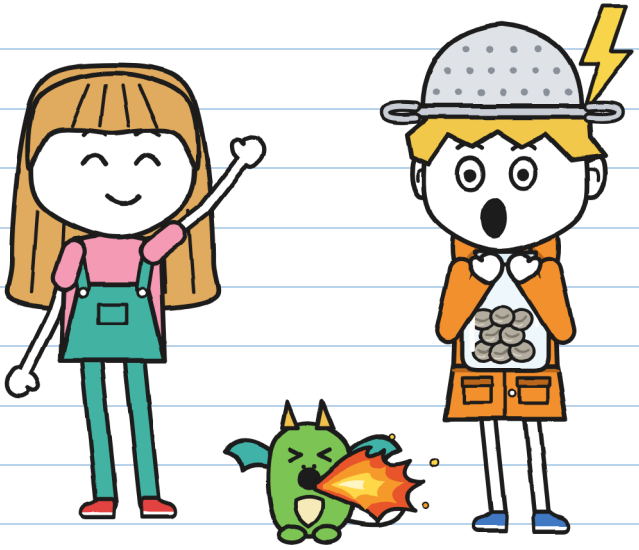
ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA M
Nivel medio · 9+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA M · Nivel medio · 9+

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Segundo libro de la serie. El primero: «Este paquete muerde».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com



Ningún trueno resultó herido durante la escritura de este libro. —J.



Y de nadie más. —J.

Si lo encuentras, no lo abras antes del trueno.



Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: tú no lo hagas. Si dura varias páginas, pone DESDE AQUÍ y HASTA AQUÍ. Con tormenta de verdad, manda la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Cazador de tormentas (más o menos). Este cuaderno es suyo.



Julita. Cuenta los segundos entre el relámpago y el trueno. Escribe en verde y firma J.



Miga. Cría de dragón. Le copia todo a Guni. Todo.



Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis.



Flora. La jardinera de la calle del Canal, 9. No firma piedras.



Vera. Cuida dragones en la Casa de los Dragones, al lado de la de Flora. Miga vive con ella.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.

CUADERNO DE REPARTO 2
de Guni

OFICIAL.

«Oficial» significa que lo leo yo primero. Oficialmente. —].



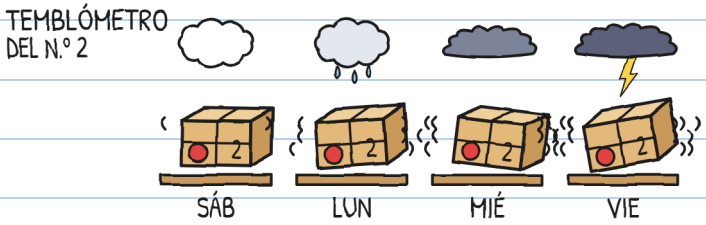
El cuaderno 1 se me acabó: está lleno. Este me lo dio Mara, la dueña de la tienda, con su sello en la tapa. Dice que los cuadernos oficiales no se pintan. Ya veremos.

CAPÍTULO 1

Cazador de tormentas

En la tienda de Mara hay un paquete que tiembla. Desde el sábado pasado, cada día un poco más.
No pienso tocarlo.
El último que entregamos Julita y yo era un huevo.
Ahora es Miga, una cría de dragón que me copia todo.

En la tienda, enfrente de mi casa, quedan diecinueve devueltos. El que tiembla tiene más prisa que los demás.



No tiembla de miedo: viene una tormenta el sábado, a las seis de la tarde. Lo he mirado seis veces en el parte del tiempo. —].

Quien recibe un devuelto tiene que firmar la etiqueta con tinta que no se borra, como la del rotulador verde de Julita. Si no, al amanecer regresa volando a su estantería. La misma persona los manda todos: R.



El n.º 2 llevaba veintitrés sellos de DEVUELTO.

Veintitrés. Los he contado dos veces. —J.

—Veintitrés veces lo he llevado yo —dijo Mara—. Y ninguna con tormenta.

El sábado a las diez, Mara nos esperaba en el mostrador con el n.º 2. Toño estaba allí: los sábados estamos los tres castigados en la tienda, por entregar el n.º 1 sin permiso.

—Este —dijo Mara— lo entregáis vosotros. Esta tarde.



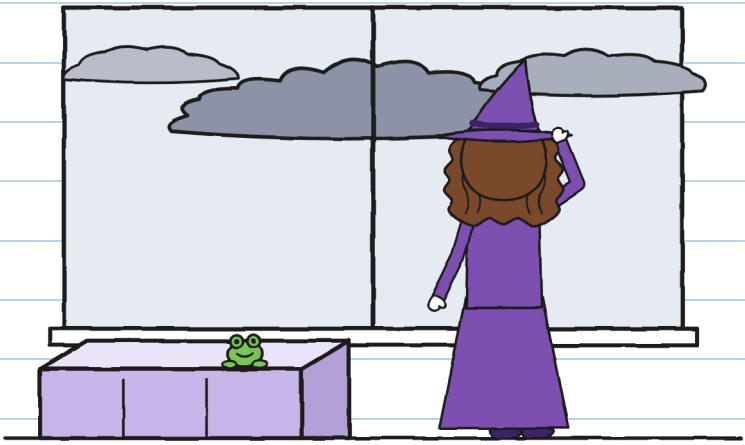
Julita saltó tanto que casi tocó el cartel de QUEDAN 19.

Mara puso tres condiciones y las contó con los dedos:

1. Salís a las cinco, antes de la tormenta, y os quedáis con Flora hasta que pase.
2. Vuestras familias y Flora ya lo saben.
3. La regla es la de la etiqueta: no abrir antes del trueno. Y vale el de encima, no los de lejos.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Julita.

—Yo tengo cosas que hacer aquí —dijo Mara, y miró por el escaparate: el cielo se ponía gris.



¿Qué cosas? —J.

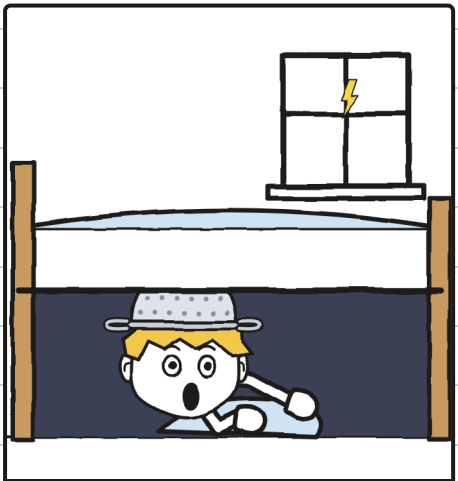
Julita me miró.
—¿A ti te gustan las tormentas?

Y dije lo que se dice cuando te miran así:

—Me encantan. En mi antiguo barrio era cazador de tormentas profesional.



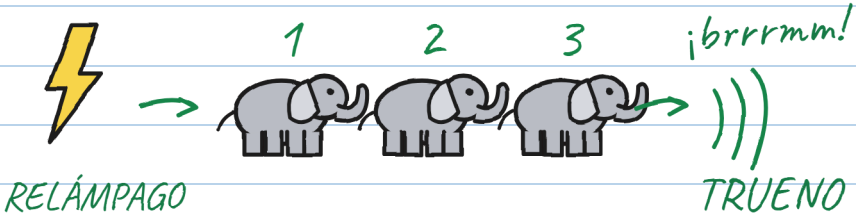
Lo que dije



Lo que pasó de verdad

Profesional de debajo de la cama. —J.

Julita me enseñó a contar tormentas en mi cuaderno, sin permiso, como siempre:



un elefante, dos elefantes, tres elefantes...

1 elefante = 1 segundo

3 elefantes = 1 kilómetro (más o menos)

0 elefantes = ¡ENCIMA!

↖ Ese es el trueno de la etiqueta.
Los de lejos no abren el paquete.

Más elefantes: ese rayo cayó más lejos.

Si oyes un trueno, aunque sea lejos: ¡a cubierto!

Lo que se sabe da menos miedo. —J.

No necesitaba contarlas: a mí me encantan las tormentas. Pero lo apunté, por si acaso.

Toño leyó la etiqueta por encima de mi hombro.
—RAYO no reparte con tormenta.
Señaló la letra pequeña de la mochila.
—Todavía no hay tormenta —dijo Julita.
Toño volvió a leerla. De «todavía» no ponía nada.



La letra pequeña era demasiado pequeña. —J.

Y se vino con nosotros.
A las cinco fui a casa a por el chubasquero.
—Ponte el naranja —dijo mi madre—. ¿Seguro que quieres ir? Si tú, cuando truena...
—¡ADIÓS, MAMÁ!

«Si tú, cuando truena...» ¿QUÉ? —J.

Cruzamos el Puente Mayor con el cielo ya muy negro. De noche lo levantan para los barcos. En medio, Julita saludó al agua con la mano, muy seria: el canal y ella no se llevan bien.



Muy lejos se encendió el cielo. Julita contó treinta elefantes hasta el trueno.

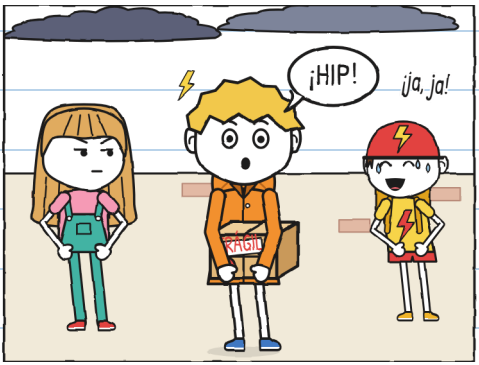
Brrrmm.

—Unos diez kilómetros hasta ese rayo —dijo—. Según el parte, la tormenta llegará hacia las seis.

—¡Ha tronado! —dijo Toño—. ¿Ya se abre?

—Ese no abre el paquete —dijo Julita—: el de la etiqueta es el que suena a la vez que el relámpago, cero elefantes. Pero ya se oye, y eso basta: ¡a cubierto! Corrimos hasta la calle del Canal. Yo me hice el sordo.

—¿Eso ha sido un hip? —preguntó Julita.
—No —dije—. ¡Hip!



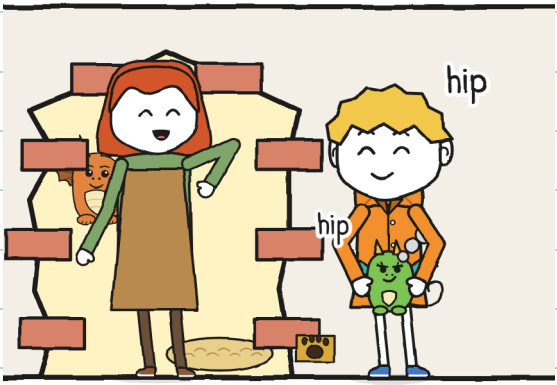
Me pasa desde pequeño, pero solo con los truenos: con cada trueno, una racha de hipos, uno cada tres segundos. Con la tormenta encima no paro. No es miedo: mi cuerpo lo hace sin preguntarme.

Se llama miedo. —J.

Vera, la que cuida dragones, nos esperaba en su puerta, pegada a la de Flora, con Miga en brazos: los sábados, Miga pasea conmigo.

—Hoy, solo hasta casa de Flora: es su primera tormenta —dijo Vera, y me la dio—. Te copia todo, también lo que sientes. Si se asusta, no tires de ella: se agarra. Cuando pase la tormenta, tres golpes en la tapia y voy a buscarla.

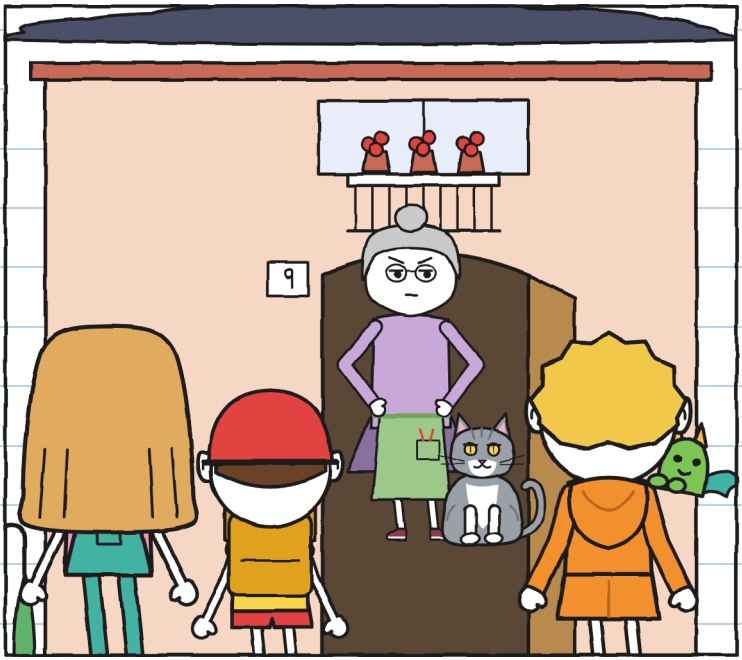
—Yo no siento nada —dije—. A mí me encantan las tormentas.



Lejos, tronó. Yo hice hip. Miga hizo hip y echó humo por la nariz.

—Adentro, ya —dijo Vera.

La casa de Flora es la de los geranios: desde su balcón nos miraba hace dos sábados, cuando buscábamos la puerta de la Casa de los Dragones, que parece una pared.



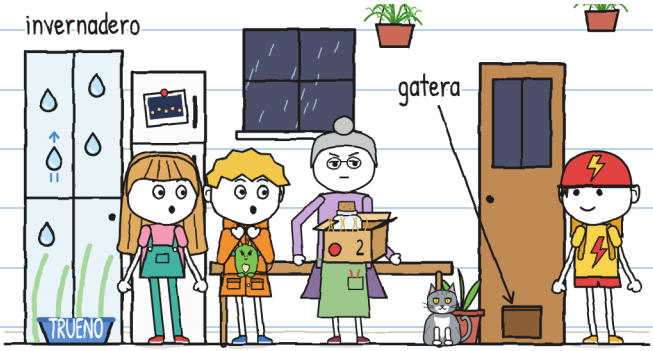
Flora abrió antes de que llamáramos y miró la caja, el cielo y a Miga.

—La cría de Vera. Que no me chamusque los helechos —dijo—. Pasad, que viene agua. Y os aviso: yo no firmo piedras.

CAPÍTULO 2

¡Trueno!

La cocina de Flora está llena de plantas, hasta colgadas del techo. Al fondo, una puerta de cristal da al invernadero. La de atrás, con gatera, da al patio. Toño metió la bici en el pasillo por la lluvia.
En la puerta de cristal había unas gotas pintadas. Una empezó a subir por el cristal.



—Son cristales encantados de R. —dijo Flora—. Dejan pasar la lluvia cuando yo quiero. Los rayos, nunca.
La gota siguió subiendo. Decidí no preguntarle adónde iba.

Flora puso la caja en la mesa y la abrió sin preguntar: dentro había paja y un frasco de cristal con ocho bolitas grises.

—¡Pone que no se abre antes del trueno! —gritó Julita.

—He abierto la caja, no el frasco —dijo Flora—. Ya sé lo que hay: R. me prometió farolillos y me manda piedras.



—¿Qué es un farolillo? —dije.

Flora despegó de la nevera una foto vieja: el paseo del canal, de noche, con lucecitas en la orilla.



—Son plantas —explicó Flora—. Guardan la luz de los relámpagos y alumbran toda la noche.
—¿Las plantaba R.?
—Traía las semillas despiertas. Yo ponía la tierra. Nunca vi una dormida.
—¿Y los farolillos?
—Se apagaron. R. dejó de venir. Y ahora manda esto.

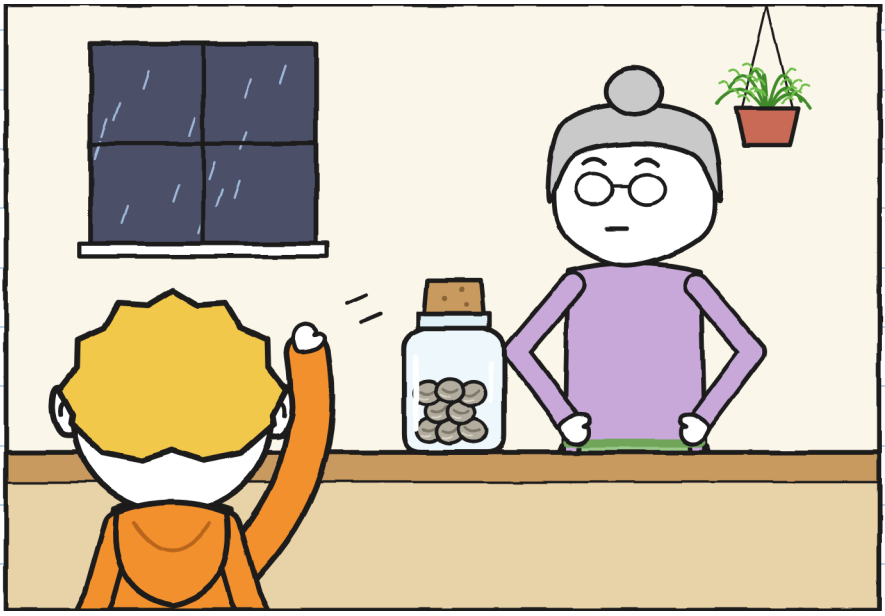
Por eso, de noche, el canal está oscuro y da tanto miedo la pasarela, la tabla que lo cruza.

Daba. A mí, mucho: la crucé a oscuras. —J.

—R. siempre cumple —dijo Flora—. Tarde, pero cumple. Con esto, no: veintitrés veces me han traído este frasco y veintitrés veces, piedras.

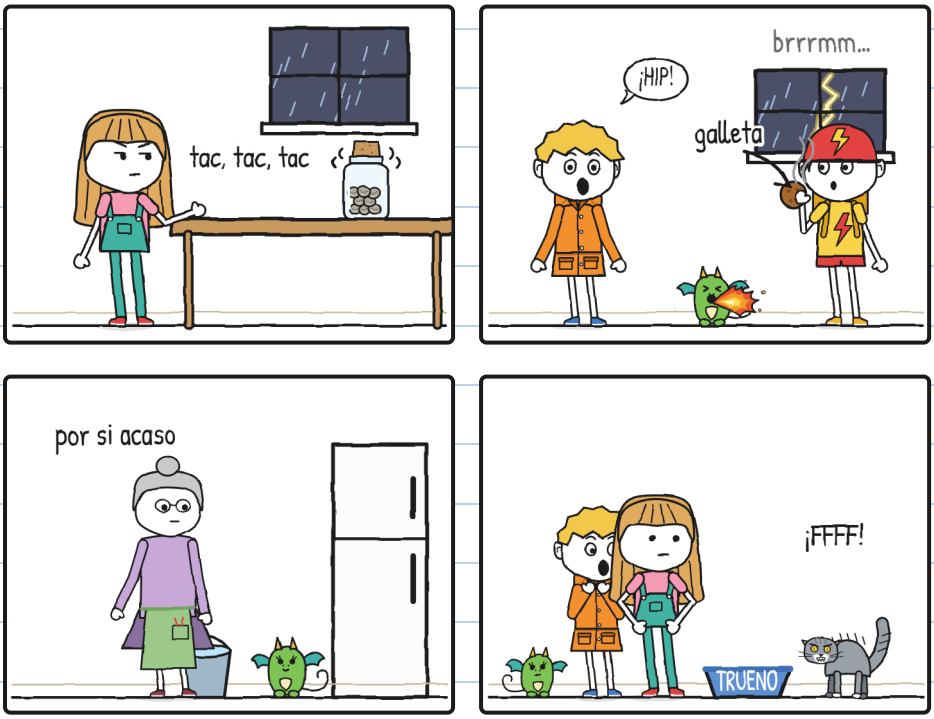
Pensé en la etiqueta. Me la sabía de memoria.
—¿Y usted esperó alguna vez al trueno para abrirlo? —pregunté.

Flora me miró como si le preguntara si el agua moja.
—Yo no espero a nadie —dijo—. Ni a un trueno.



El gato de Flora se llama Trueno (lleva el nombre escrito en su cuenco), es gris y ronronea como un trueno de verdad.

Mientras esperábamos, en la cocina pasó de todo y no pasó nada:



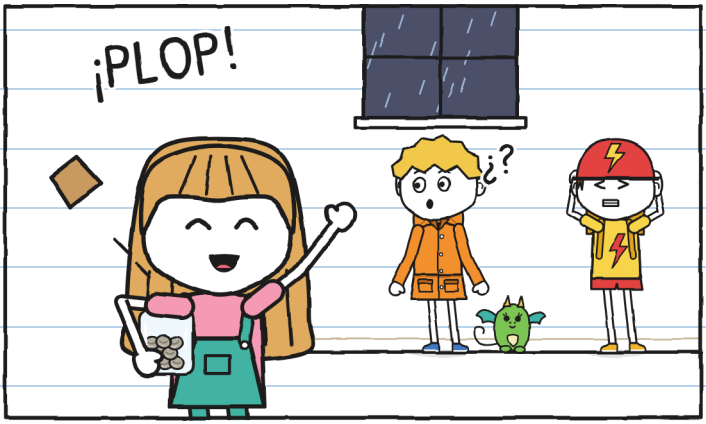
Lo peor de un trueno es esperarlo. —J.

El frasco tintineaba cada vez más fuerte. Julita contaba bajito: «Doce elefantes». «Nueve». Su pie saltaba debajo de la mesa.

—Vas a hacer un agujero en el suelo —dije.
—Estoy contando.
—Pues tu pie cuenta más deprisa que tú.
Entonces Miga hizo otra llamita, y Trueno salió disparado por la gatera, al patio. Flora abrió la puerta de atrás y lo llamó a gritos:
—¡TRUENOOO!



Y Julita abrió el frasco.



—¡Ha tronado! —dijo.

No había tronado. Había gritado Flora. Trueno es el gato.

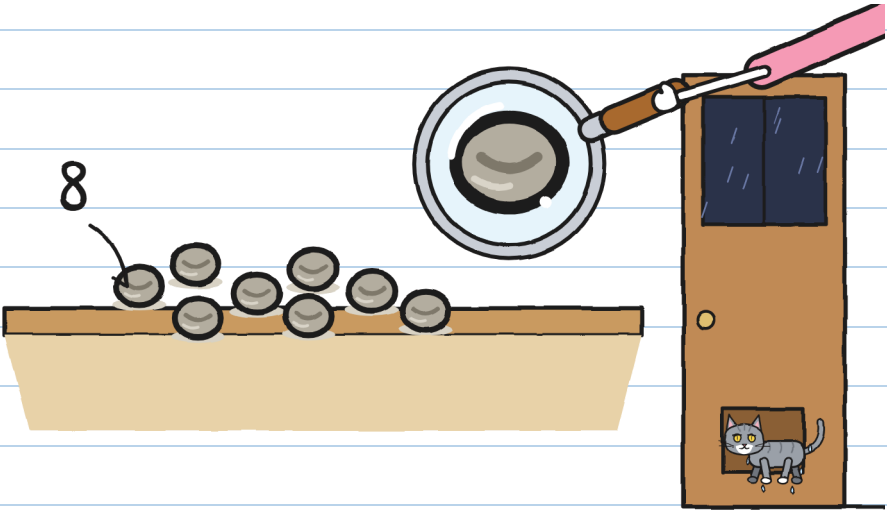
Yo oí «¡TRUENO!», justo lo que esperaba. Nadie me dijo que fuera un gato. —].

Lo puse en la página 17.

Esa página la leí después. —].

Al abrirlo, el frasco dejó de tintinear. Dentro había ocho bolitas grises, frías y quietas. Julita las echó en la mesa y las miró con la lupa.

—Tienen una rayita —dijo—. Como un ojo cerrado.



Trueno volvió empapado por la gatera y Flora cerró la puerta.

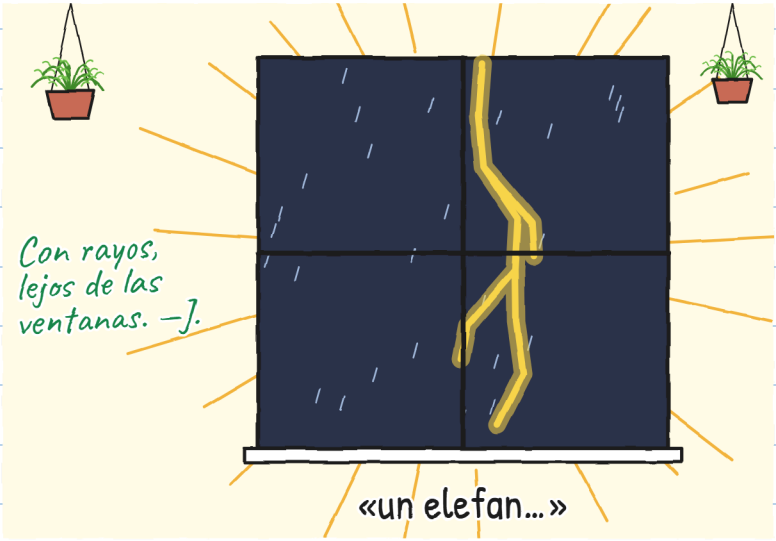
—Piedras. Como siempre —dijo, y miró a Julita.

Julita se puso del color de su camiseta.

—Están dormidas —dije—. Son semillas, no piedras, y por eso pone «no abrir antes del trueno». A lo mejor las despierta un trueno gordo, que haga temblar los cristales.

Flora se quedó callada un rato.
—Si son semillas, que lo demuestren.

Fuera era casi de noche, y solo eran las seis.
Relámpago. Julita empezó a contar:

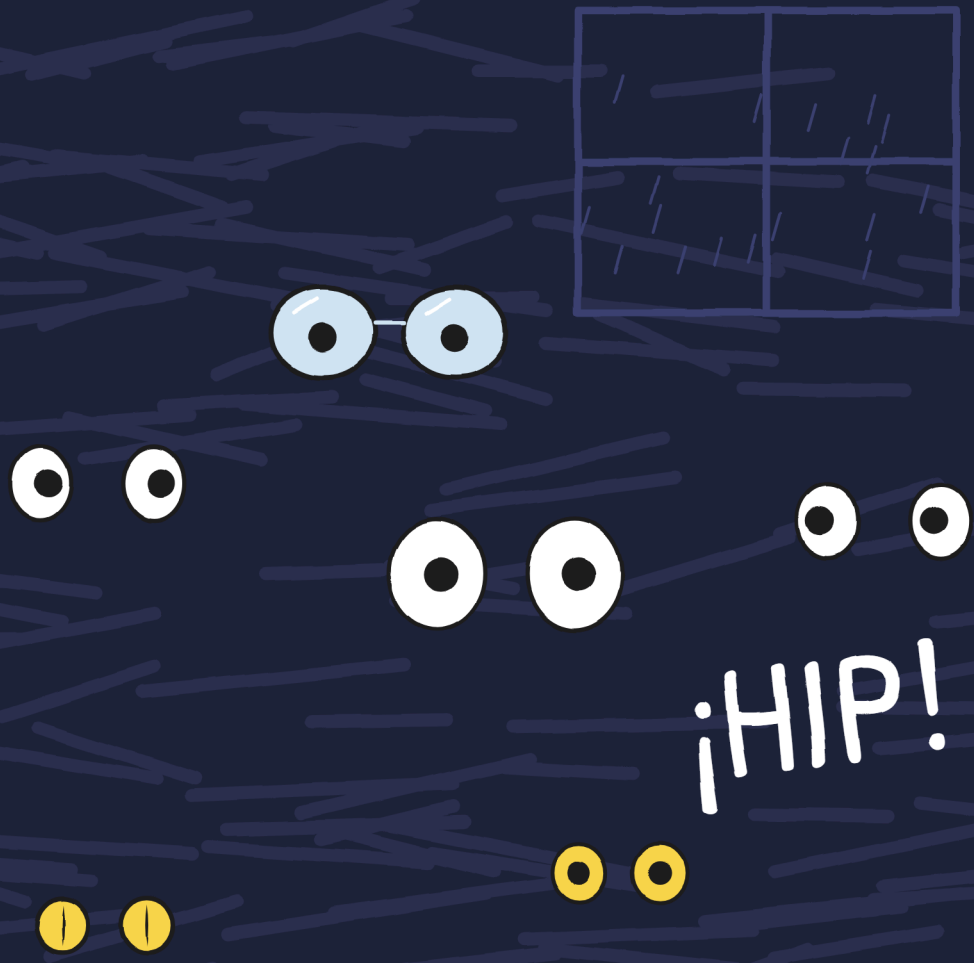


Y entonces llegó el de verdad.



El trueno llegó con el relámpago: la tormenta estaba encima. Temblaron mesa, vasos y cristales.

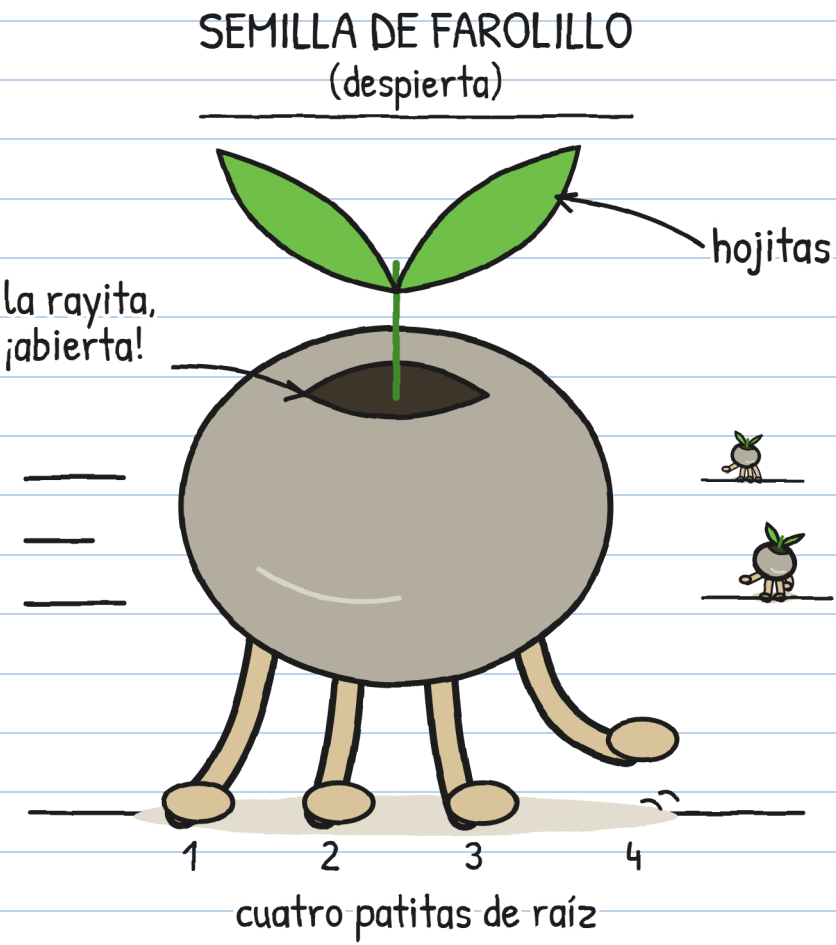
Y se fue la luz.



Hice hip. Miga hizo hip, y su llamarada iluminó la cocina un segundo.

La mesa estaba vacía.





Las piedras tenían patas.

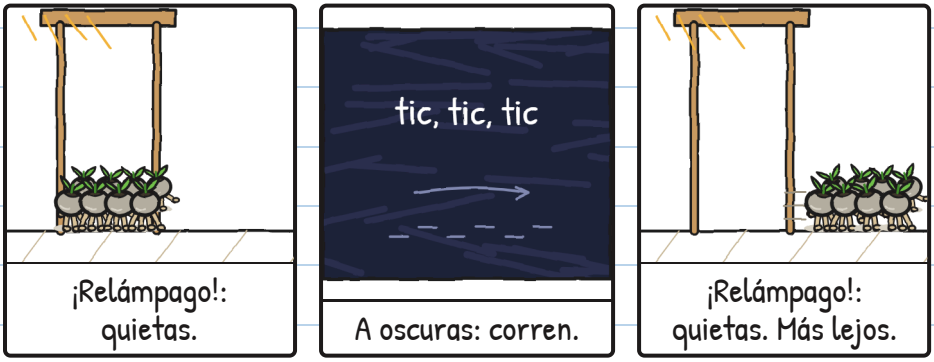
Y prisa. —J.

CAPÍTULO 3

Se mueven si no miras

A oscuras se oía como una lluvia pequeñita: tic, tic, tic. Con el relámpago siguiente, las semillas estaban más lejos, y quietas, muy quietas, como si nada.

Corrían rápido, pero cada relámpago las paraba, y había muchos. Yo las veía desde debajo de la mesa. Me había puesto el colador de Flora: en casa, cuando truena, me pongo uno.



Es el escondite inglés. Con semillas. —J.

Flora apuntó con su linterna a una semilla, que se quedó quieta. Apuntó a otra y la primera echó a correr.

—¡Son semillas! ¡Están despiertas! —gritó Flora.

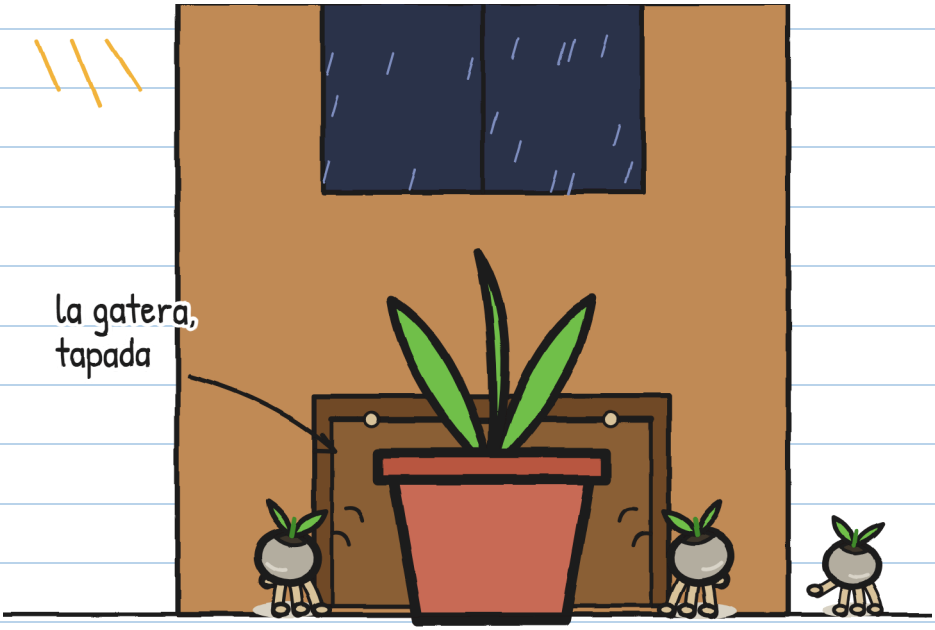


La segunda escapó en cuanto Flora apartó la luz.
—Necesitamos otra linterna —dije.
—Pues piensa otra cosa. Solo tengo esta.

Ocho semillas y una linterna. Las cuentas no salían.

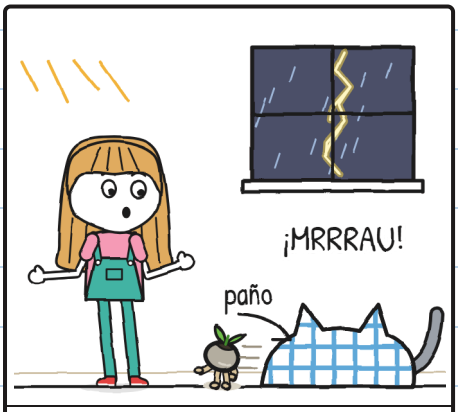
Todas iban a la gatera.

—Buscan tierra mojada de tormenta —dijo Flora, y puso una maceta enorme delante—. En casa solo hay tierra regada con agua del grifo. Y fuera casi no hay: losas, un caminito y el canal. Si salen, la lluvia se las lleva al agua.

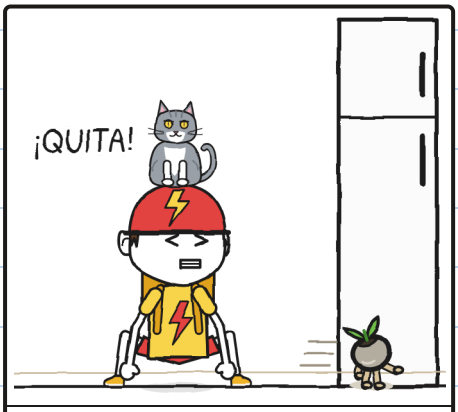


La gatera quedó tapada, pero ahora estaban por toda la cocina, que tiene cien escondites.

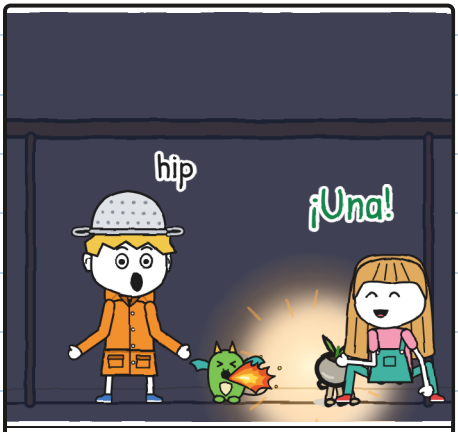
Lo intentamos todo:



Julita, con un paño:
cazó a Trueno.



Toño, con las manos:
Trueno lo cazó a él.



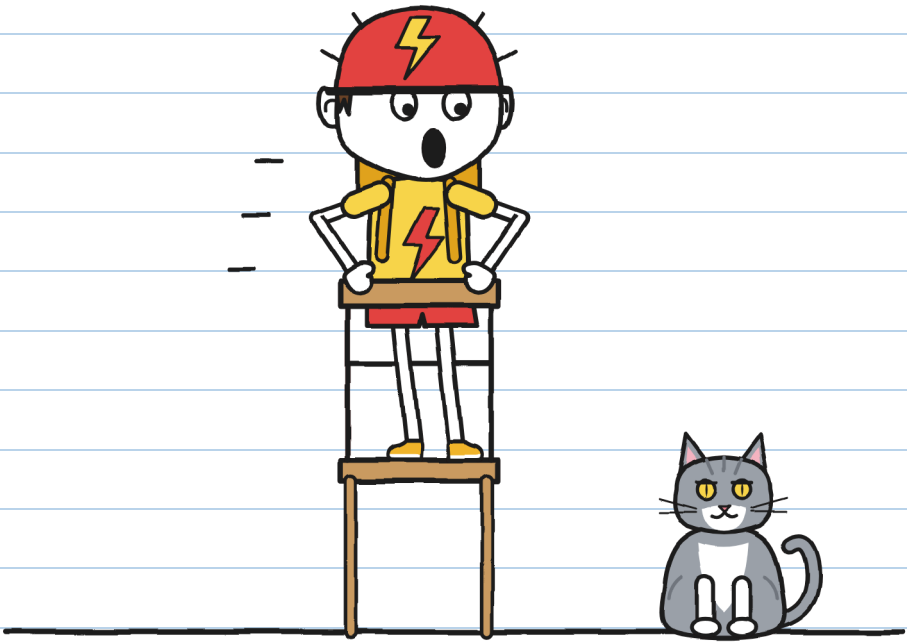
Miga, con su llama: ¡una!



Flora, con la linterna: ¡dos!

Trueno también las perseguía: él ve bien casi a oscuras; nosotros, no.

Toño no tiene miedo a las tormentas. Toño tiene miedo a los gatos.

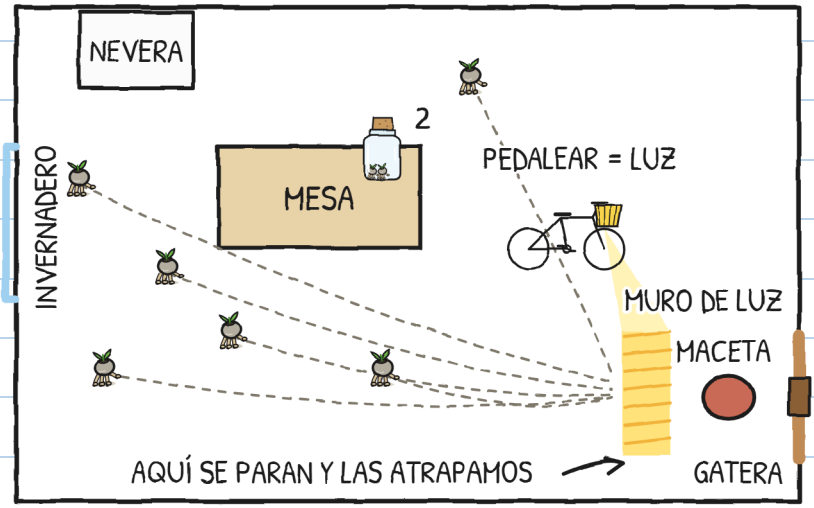


—¡Que no es un gato! —dijo Julita—. ¡Es Trueno!
—¡PEOR!

Dos sustos y un solo nombre. —J.

Yo seguía debajo de la mesa, con el colador puesto. Desde allí veía todo el suelo cada vez que relampagueaba.

Las semillas se dispersaban, pero acababan volviendo a la gatera. A empujar la misma maceta.



Hice un plano.

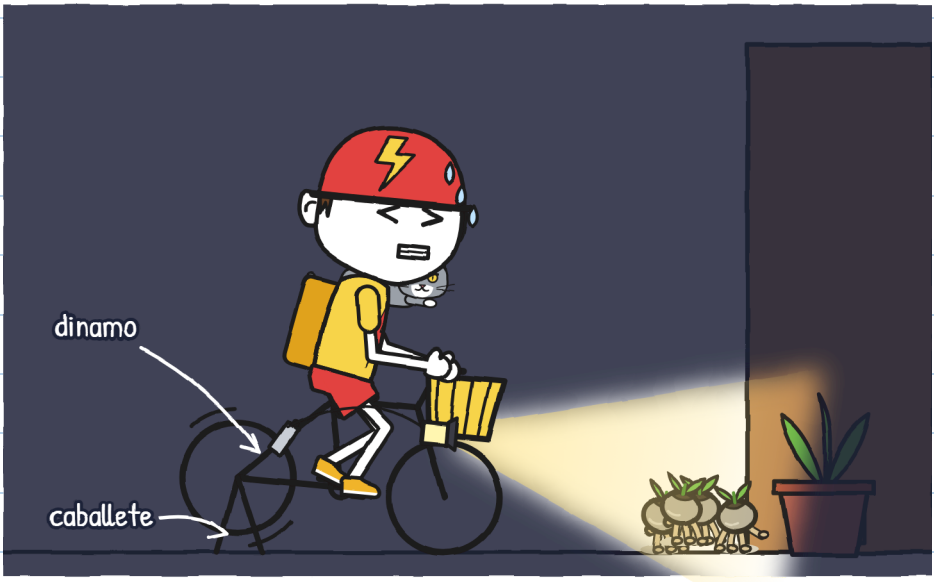
—Toño, ¿tu faro se enciende al pedalear?

—Claro.

—Pues hoy vas a repartir luz.

Pusimos la bici en su caballete, con el faro hacia la gatera. La dinamo de RAYO va en la rueda de atrás: si gira, hay luz. Y Toño pedaleó.

Pedaleó como nunca, sobre todo cuando Trueno se le subió encima.



Por fin RAYO sirve para algo. —J.

Las semillas llegaban a la luz, se paraban y las atrapábamos una a una para meterlas en el frasco. Tres. Cuatro.

Trueno atrapó otra con la boca y Flora se la quitó con dos dedos.
—¡Cinco! —dijo.



Seis.

Flora tapó el frasco para que no se escapara ninguna, y se agachó a ayudarnos. Entonces Trueno saltó a la mesa y lo tiró.



Toño lo atrapó en el aire.
—RAYO —dijo—. En un segundo o gratis.

Pero ya no pedaleaba, y la luz se apagó. Y a Trueno no hay quien lo pare: salió disparado hacia la gatera.

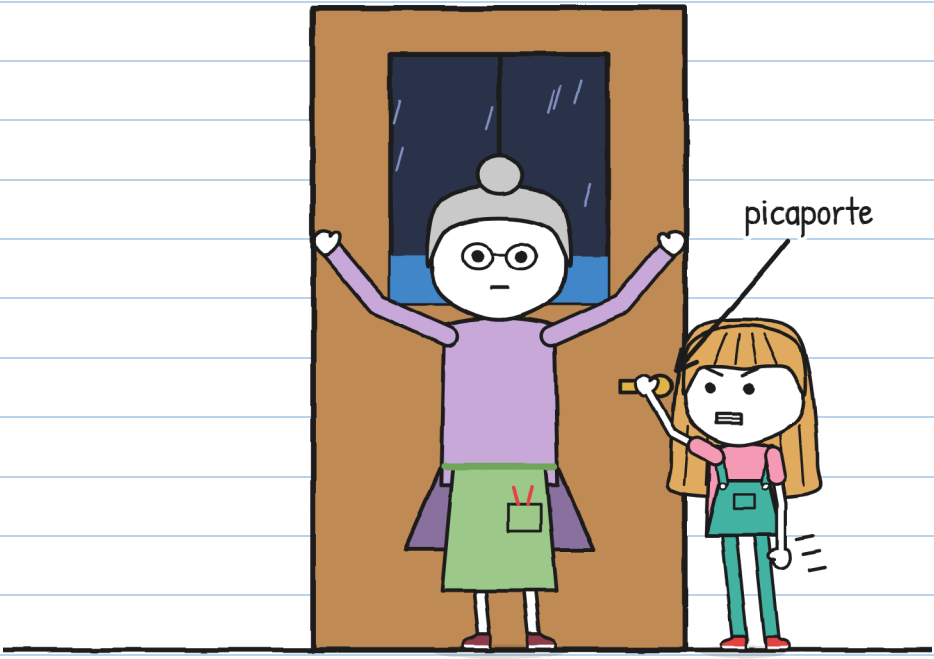
A oscuras: tic, tic, tic. Trueno empujó la maceta, croc,
y la gatera hizo clac.

Al relámpago siguiente solo quedaba una semilla,
y Julita la atrapó. Siete.



La octava se había ido por la gatera.

—¡Voy a por ella! —dijo Julita, agarrada al picaporte.
—Con rayos no sale nadie —dijo Flora, y se plantó en la puerta. No estaba para discusiones.



Julita no discutió, pero no soltó el picaporte.
Al rato, la gatera hizo clac: era Trueno, empapado.
Sin la octava.

—Relámpago... un elefante, dos elefantes.
Brrrmm.
—Dos —contó Julita—. Sigue muy cerca.

—Pues a plantarlas —dijo Flora—, antes de que se vaya la tormenta. Y a oscuras.
—¿En el invernadero? —preguntó Julita.
Flora señaló las gotas que subían por el cristal.
—El encantamiento sigue puesto. Aquí no entran los rayos.



Repitió «A oscuras» mirando a Miga.

Miga me miró a mí. E hizo hip.

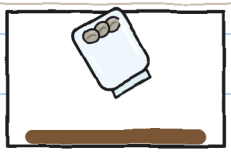
CAPÍTULO 4

Hip

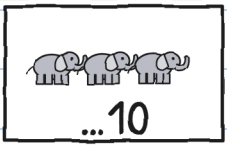
Flora nos explicó cómo se planta un farolillo, como le enseñó R. Lo apunté con letra oficial:

CÓMO SE PLANTA UN FAROLILLO

1. 
Tierra mojada de tormenta.
(La del grifo no vale.)

2. 
Abrir el frasco sobre la tierra.
(Si lo abres antes, se escapan.)

3. 
Todo a oscuras: ellas solas
se meten en la tierra.
(Si las entierras tú, no brotan.)

4. 

Antes de que se vaya la tormenta:
con más de diez elefantes,
ya no se plantan hasta la próxima.

Para despertarlas, cero elefantes. Para plantarlas, hasta diez. Con once, a dormir. —J.

Flora giró la manivela de la ventana del techo. No se abrió, pero las gotas pintadas empezaron a bajar y la lluvia de verdad atravesó el cristal.

Cayó sobre el bancal, una mesa larga llena de tierra.

—Toda al bancal. Ni una gota al suelo —le ordenó Flora a la lluvia.



Estos cristales solo existen en el cuento. En una tormenta real, nada de invernaderos (página 76). —].

—Tierra mojada de tormenta —dijo—. Ahora, todo a oscuras.

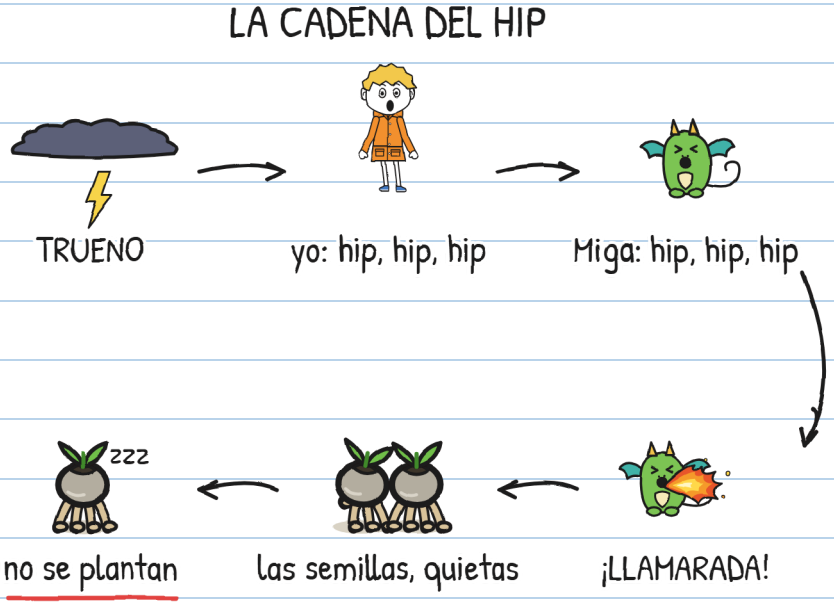
Pero Miga ya estaba dentro: se había colado entre los pies de Flora sin que nadie la viera. Estaba debajo del bancal, entre las macetas.

Flora tiró de ella con cuidado. Miga se agarró a las macetas con las cuatro patas. Vera lo había dicho.



Y con cada hip mío en la cocina, Miga se encendía en el invernadero.

Lo dibujé para entenderlo:



En la cocina, el hip ayudaba: llamarada, semilla quieta, semilla atrapada. En el invernadero, no: con una llamarada cada tres segundos, nunca había el rato de oscuridad que ellas necesitan para plantarse.

Hay que romper la cadena. El trozo más fácil de romper eres tú. Con cariño. —J.

Probamos todo contra el hipo:



Aguantar la respiración



Agua al revés



Un susto



Azúcar

Miga los copió todos sin soltarse de sus macetas.

Remedios: cero. Hipos: muchos. —J.

Julita contó: «Cuatro elefantes». «Cinco».
Sonó el trueno.
—Ese rayo cayó más lejos.

Las siete semillas daban vueltas buscando la salida del frasco. Yo seguía haciendo hip.



—¿Y si llegamos a once? —pregunté.
—Piedras otra vez.
Julita dejó de mirar el frasco y me miró a mí.

—Miga copia tu miedo —dijo Julita.
—Pues que copie otra cosa —dije.
Hice hip. En el invernadero apareció otra llamarada.
—¿Y si la sacamos? —pregunté.
—Se agarra. Ya lo has visto.
Julita bajó la voz.
—Primero, quédate con ella.

Yo no tenía remedio para el miedo, solo un plan para que no se notara, y ya no funcionaba:

Mi plan para que no se note
que me dan miedo los truenos:

1. Decir que me encantan.
2. ~~No hacer hip.~~ hip hip hip hip hip
3. ???

¿Y el 3? —].

Lo intenté. De verdad.



Un pie dentro.



Un trueno.



Y otra vez en la cocina.

El invernadero es donde más fuerte suenan los truenos de todo el barrio.

Desde la puerta miré hacia arriba, por el techo de cristal. Entre dos relámpagos los vi, muy por encima del tejado: los dragones de Vera, volando en la tormenta. Salen a volar cuando nadie mira hacia arriba. Por eso Vera no había venido con nosotros: con tormenta se queda en casa, pendiente de ellos.



Ellos no hacían hip.

—Vamos, cazador —dijo Toño.

Esperé la broma que venía después. No llegó.

Me quité el colador y se lo di a Flora. Lo sostuvo como un casco de verdad.



Y entré.

Un colador no para un rayo. Para el miedo, a veces sí. —].

La lluvia sonaba como mil dedos en el cristal. Me metí debajo del bancal, y Miga estaba allí, hecha una bola, temblando como yo.



¡BRRRMM! Hice hip. Miga hizo hip. La llamarada nos iluminó a los dos.

Éramos dos cazadores de tormentas debajo de un bancal.

Desde la puerta, Julita habló bajito, sin reírse:



—Cuenta conmigo.

CAPÍTULO 5

Cuenta conmigo

Contamos: ella en la puerta, yo debajo del bancal y Miga temblando pegada a mí.

Relámpago.

—Un elefante, dos elefantes, tres, cuatro, cinco, seis.

Brrrmm.

—Seis: unos dos kilómetros —dijo Julita—. Ese rayo cayó más lejos. Seguimos a cubierto.



Había contado los seis elefantes. El miedo seguía allí. Decir que me encantaban las tormentas no había servido. Tampoco apretar los dientes para no hacer hip.

Miga me miró. Probé lo que faltaba.

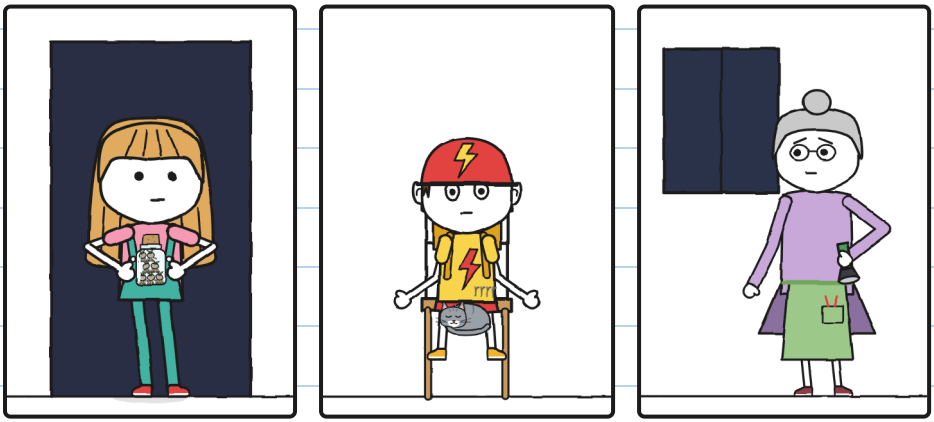


—Me dan miedo los truenos.

—Ya lo sé —dijo Julita—. Lo dibujaste esta mañana, en la página 6. Te estaba esperando.

—A mí, los gatos —dijo Toño, con Trueno dormido encima y sin atreverse a moverse.

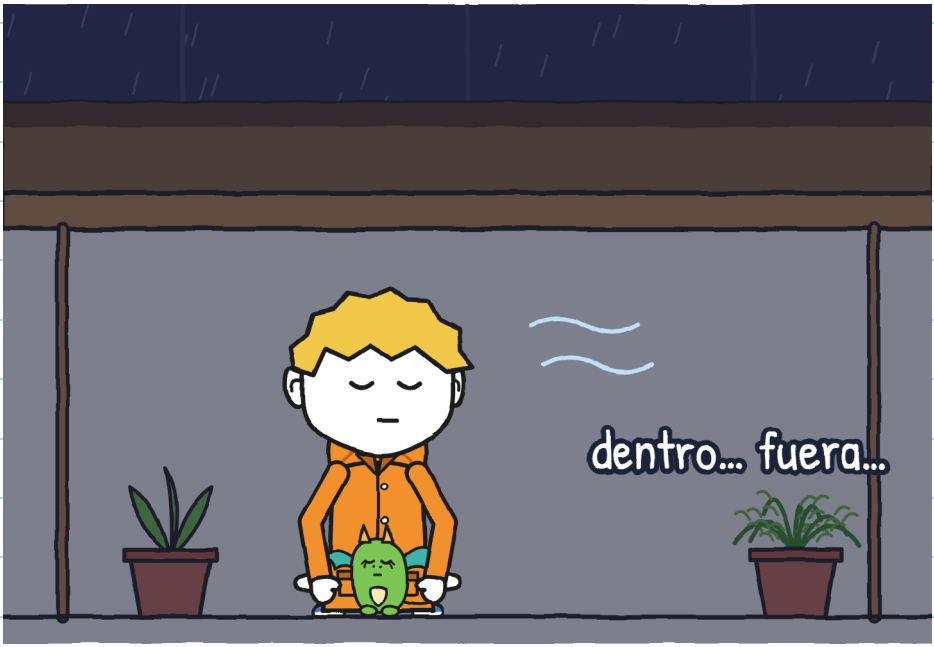
—Y a mí, esperar algo que no llega —dijo Flora—. Por eso, las otras veces, abría el frasco al llegar.



Y a mí, las pasarelas. Eso ya lo sabíais. —J.

Nadie se rio. Llovía igual, pero debajo del bancal ya no estaba solo.

Respiré despacio. Miga también.



Relámpago. Contamos juntos hasta nueve. Brrrmm.

Y no hice hip, ni con ese trueno ni con el siguiente.

—¡Ahora! —susurró Flora.

Julita entró de puntillas, puso el frasco en la tierra mojada y lo destapó. Luego volvió a la puerta sin ruido.



Tic, tic, tic. A oscuras, algo salía del frasco.

Relámpago, muy lejos. Contamos sin voz hasta diez elefantes. Brrrmm.

Diez: el último que valía.

Al relámpago siguiente lo vimos:



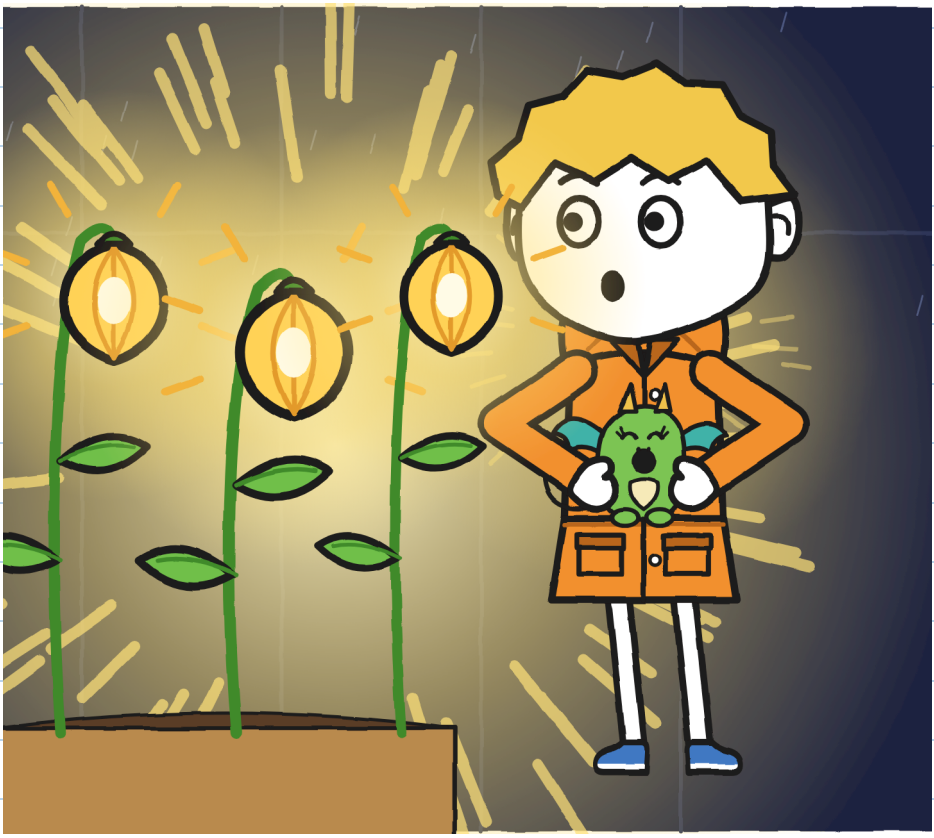
El frasco estaba vacío. En la tierra, siete agujeritos, y en el último todavía asomaba una patita.

Luego, un rato de nada: nosotros, a oscuras, mirando la tierra.

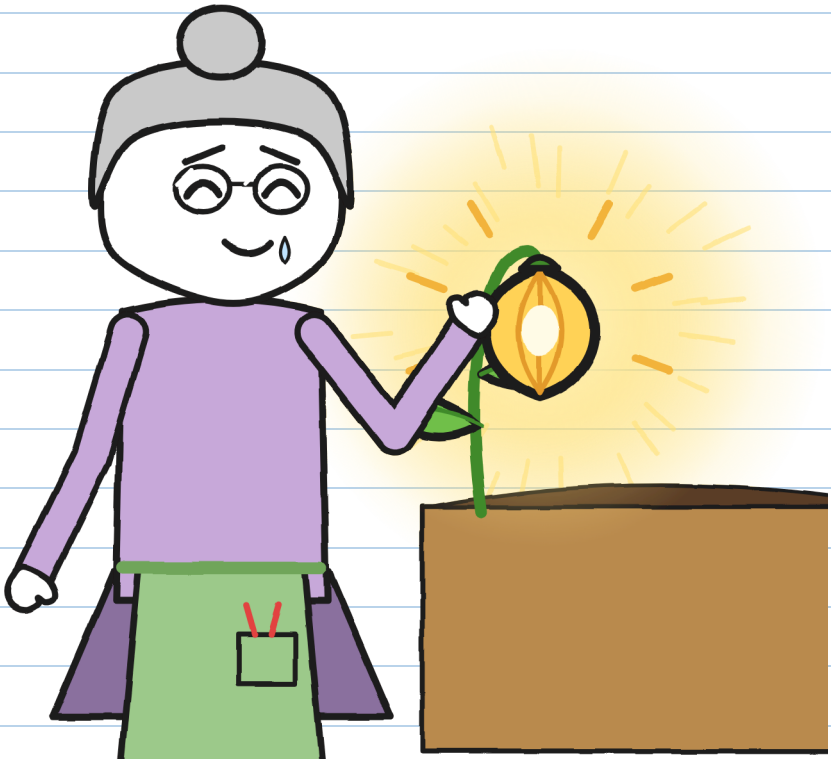
Y entonces se encendió la primera.


Siete farolillos, con un trocito de relámpago dentro.

Miga no hizo hip. Miraba los farolillos con la boca abierta, igual que yo. Ya no me copiaba el miedo: me copiaba esto.



Flora no dijo nada en mucho rato, y luego tocó un farolillo con un dedo, despacio, como quien toca algo que ha esperado mucho tiempo.
—Así era el paseo —dijo.



Yo también toqué uno. Miga también. Estaba tibio, como una piedra al sol.

Flora giró la manivela para parar la lluvia. Luego sacó un boli.
Por fin iba a firmar.
Julita lo detuvo con dos dedos.
—Todavía no. Falta la octava.

Miró los siete farolillos.
—Yo abrí el frasco antes de tiempo.
Tenemos que encontrarla.
Luego fue a la cocina, despegó la etiqueta de la caja y se la guardó en el peto.



Si se entrega, se entrega entero. —J.

Volvimos a la cocina.

—El patio sigue cerrado —dijo Flora—. Aún no vamos a salir.

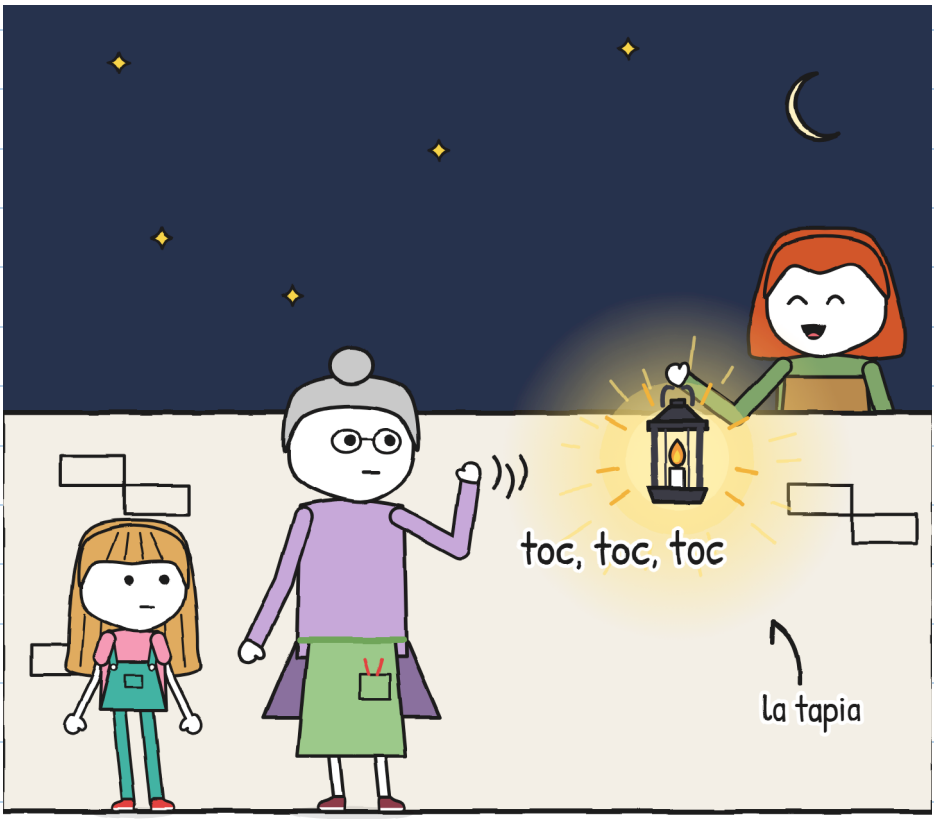
Esperamos hasta que Julita se quedó sin relámpagos que contar, y luego media hora más, desde el último trueno. Ya no llovía: la tormenta se había ido.



Y la octava estaba fuera, a oscuras, en algún sitio. Sin tierra a tiempo, estaría dormida otra vez: una piedra más. Y sin firma, al amanecer el n.º 2 volvería a su estantería.

—Vamos a buscarla —dijo Julita.

Flora miró la noche y dio tres golpes en la tapia, que es la pared de la Casa de los Dragones, como dijo Vera.



—Esta vez —dijo— no vais solos.

CAPÍTULO 6

La octava

Salimos con Flora y Vera, un farol y una bici. Julita llevaba el frasco vacío y la etiqueta; yo, a Miga dentro del chubasquero, con la cabeza fuera.

Buscamos por el patio, por el caminito y por el borde del canal.

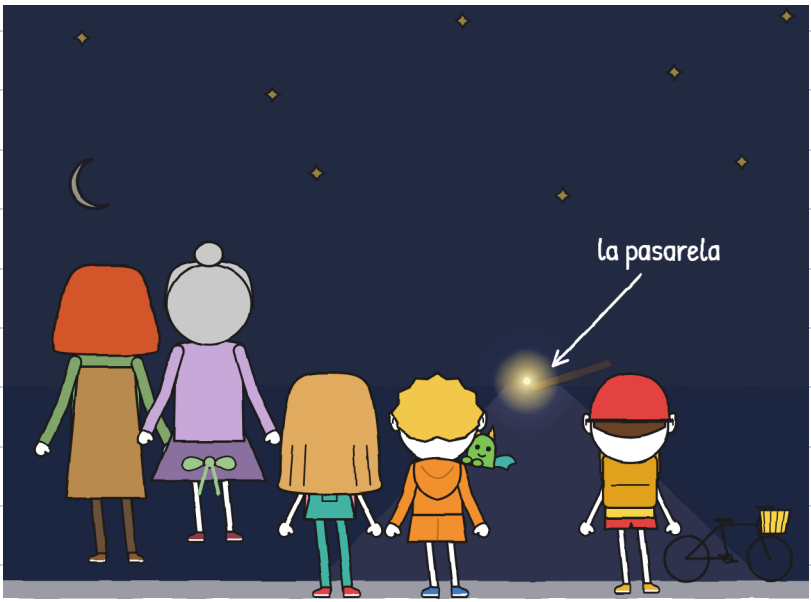


Nada.

Si la octava se había dormido, podía ser cualquiera de aquellas piedras.

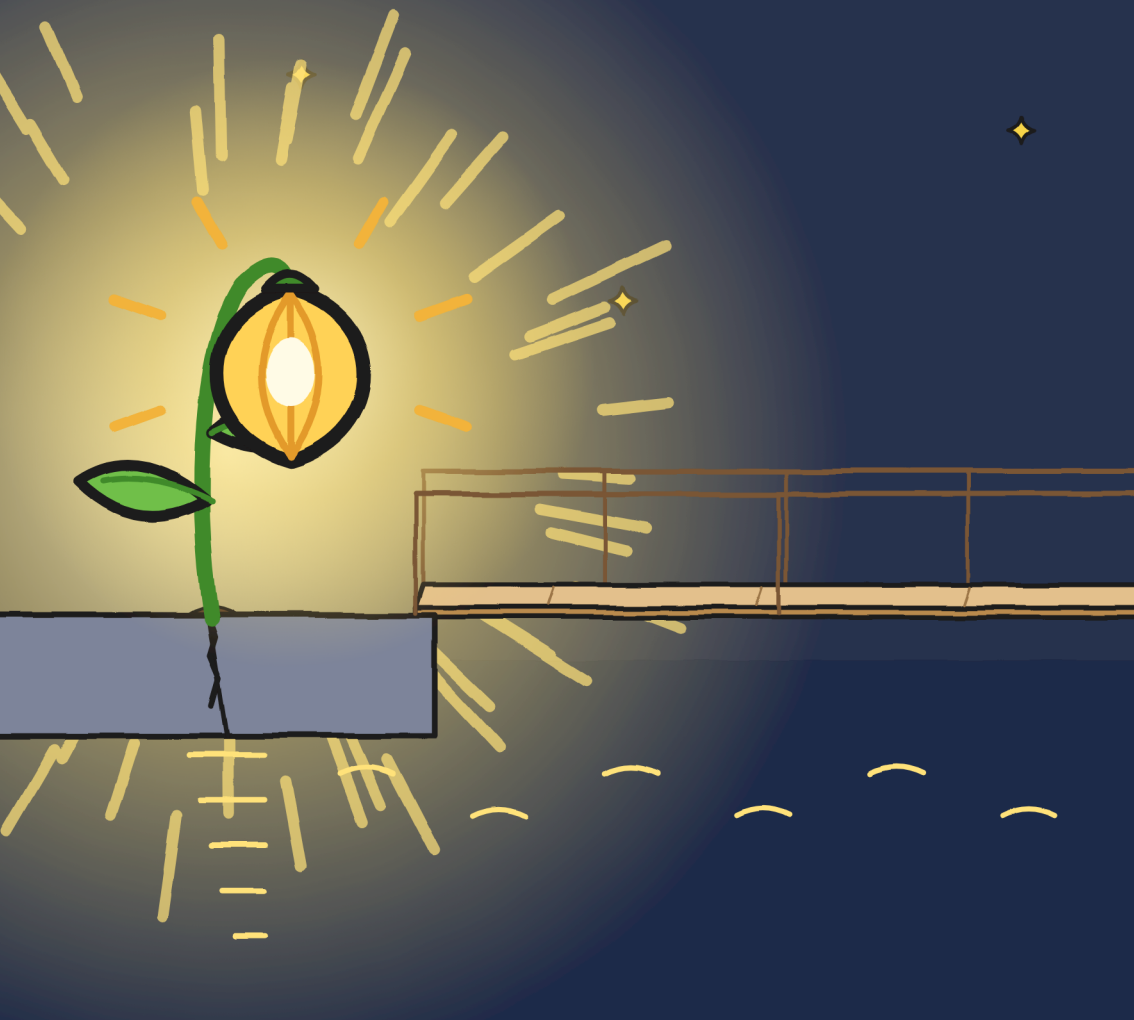
El farol hacía brillar las piedras mojadas.
Entonces se me ocurrió: un farolillo recién brotado brillaría poco. Nuestras luces podían estar ocultándolo.
—Esperad. Apagadlo todo.

Toño paró la bici, Vera bajó la llama y Flora apagó la linterna.



Nos quedamos quietos.
Al fondo del paseo apareció una lucecita. Estaba al pie de la pasarela.

Creo que la lluvia llevó a la octava por el caminito hasta el paseo, y que se quedó en una grieta entre dos piedras, con un dedo de tierra mojada, justo donde empieza la pasarela. Allí se plantó ella sola. De lejos, una lucecita. De cerca, lo alumbraba todo.



Julita miró la pasarela mucho rato: con luz parecía otra, más corta, más ancha, más de madera que de agua.

Puso un pie en la pasarela. Solo uno. Luego lo quitó.



De lejos ya no me da miedo. De cerca, casi tampoco. —J.

—Esa se queda aquí —dijo Flora—. Ha elegido sitio.

Julita le dio la etiqueta y su rotulador verde, el de la tinta que no se borra. Flora firmó a la luz de la octava y se lo devolvió.

N.º 2 · FRÁGIL

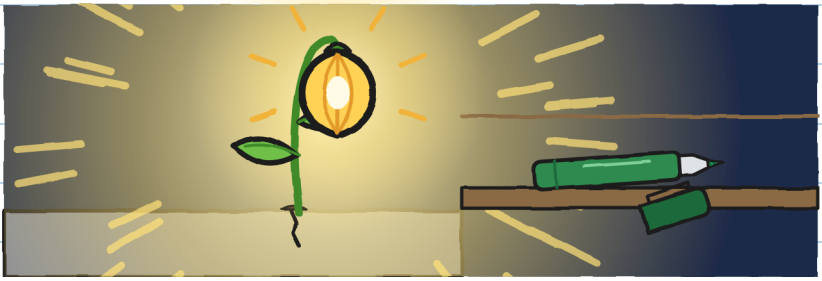
DESTINO: Flora, calle del Canal, 9

INSTRUCCIONES: NO ABRIR ANTES DEL TRUENO

REMITENTE: R.

DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO DEVUELTO

ENTREGADO: Flora



En su puerta, al despedirnos, Flora me dio el colador:
—Quédatelo, para la próxima tormenta. Y dile a Mara que ya era hora.

Vera dejó a Miga en su nido y nos llevó en la furgoneta, con la bici detrás, por el puente de la carretera: de noche, el Puente Mayor se levanta para los barcos. Nos dejó en la puerta de la tienda y volvió con sus dragones.

La tienda estaba a oscuras. Mara no estaba en el mostrador.

Estaba debajo.



—¿Ya ha pasado? —preguntó Mara.
—Hace un buen rato —dijo Julita.

Mara tenía una manta, orejeras y un cazo de casco.

Veintitrés entregas. Ninguna con tormenta.
Ahora lo entendía.
Le di el recado de Flora y se bajó el cazo
hasta las cejas.

—A mí también me dan miedo los truenos —dije.
Mara levantó la manta.



Me metí debajo del mostrador con ella. Cabíamos.

Mara le puso a Toño una caja boca abajo, junto a los taburetes.

—Tu sitio. De momento —dijo.

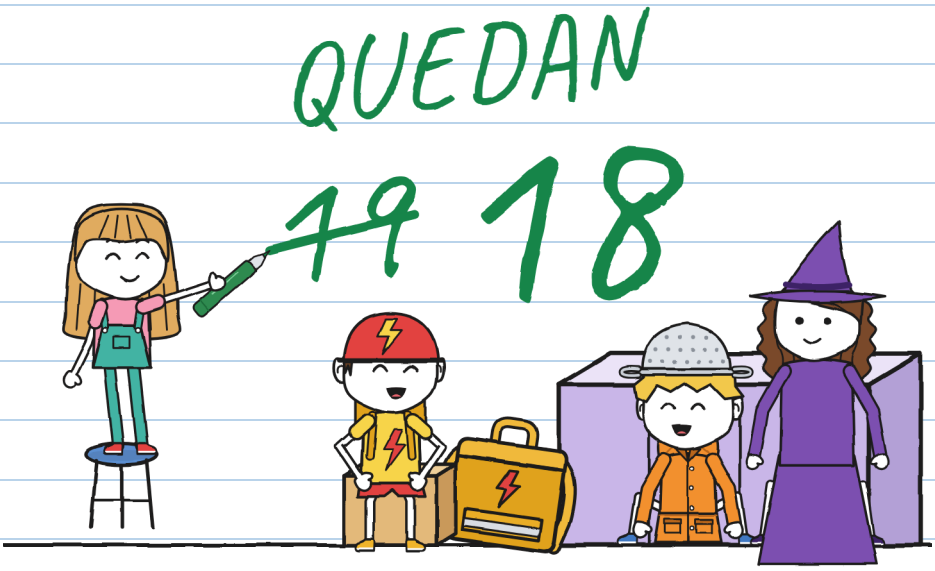
Toño se sentó y, con el rotulador de Julita, añadió dos palabras a la letra pequeña: «y gatos».



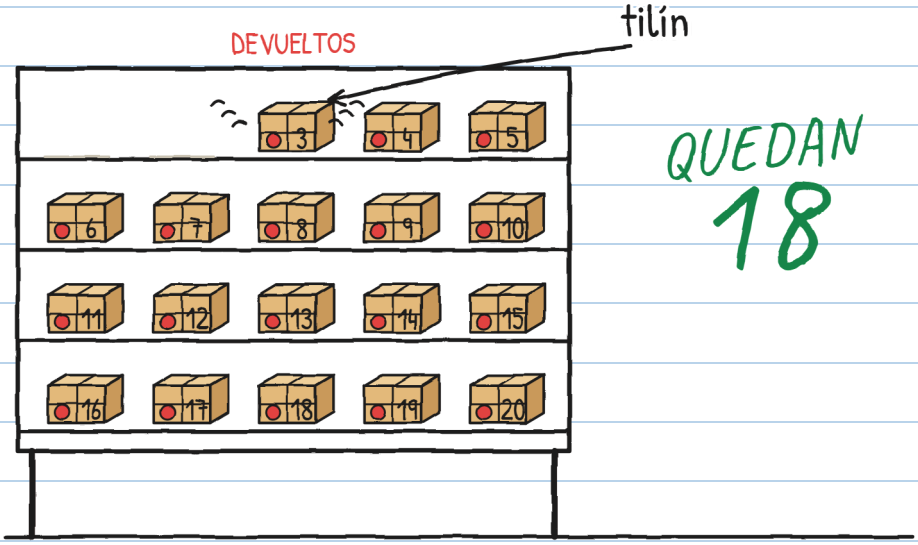
Ahora la letra pequeña dice la verdad. —J.

Mi plan para los truenos, arreglado:

1. Contar elefantes.
2. Con alguien.
3. Si hago hip, no pasa nada.



Y no decir que eres cazador de nada. —J.

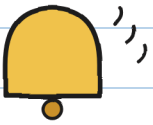


Esa noche, antes de irnos, un devuelto sonó: tilín, como una campanilla. El n.º 3.

En la etiqueta ponía:

N.º 3

PARA TOÑITO

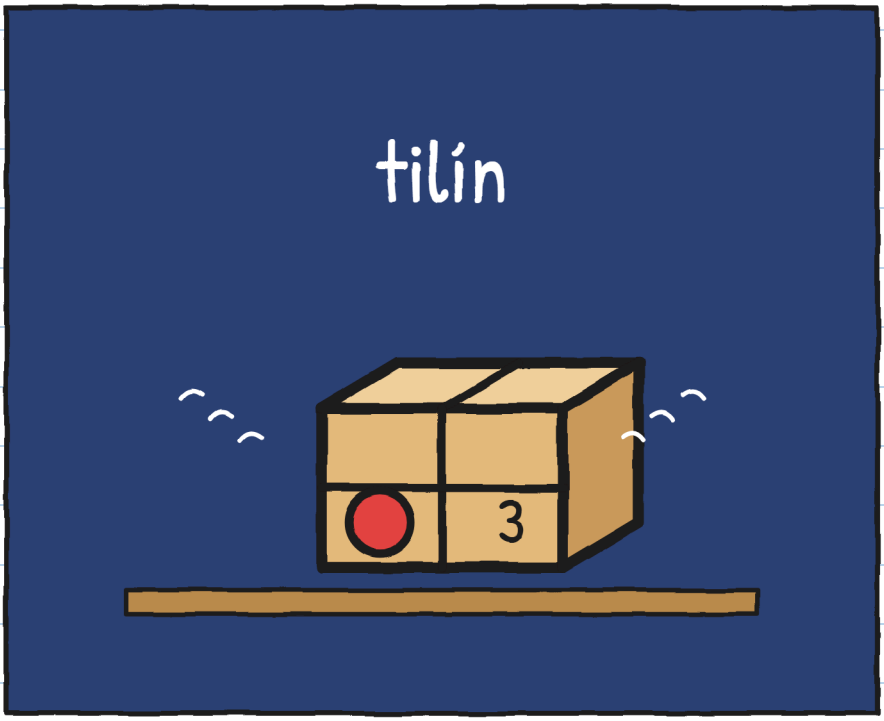




Toño se puso del color de su casco.

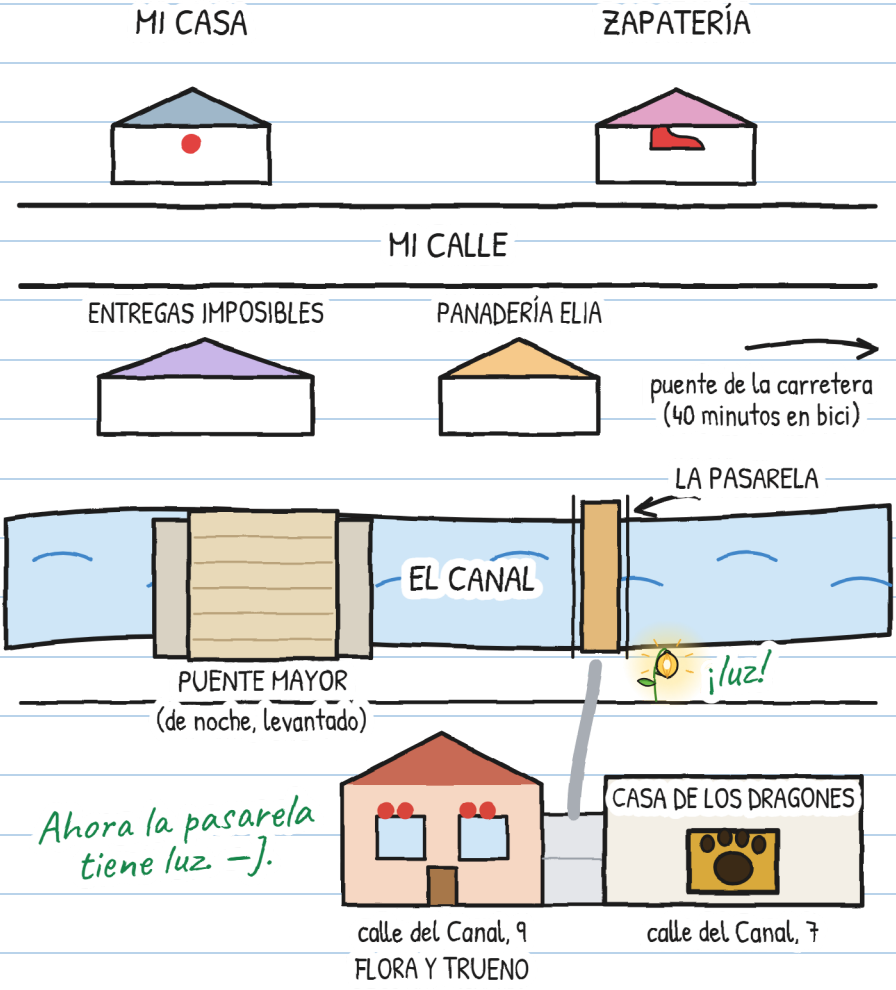
ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

(muy pronto)



¿Quién le manda paquetes a Toño? —J.

EL BARRIO (versión 2)



Tengo una ficha de R. Las dos primeras pistas son del cuaderno 1. Apunté las nuevas:

LO QUE SABEMOS DE R.



R.

1. Tiene muy mala letra (Mara).
2. Vera se puso blanca al leer su inicial.
3. Plantaba farolillos con Flora, hace mucho.
4. Cumple tarde, pero cumple.
5. Hizo los cristales encantados de Flora.

6. Nadie dice su nombre. Eso también es una pista. —J.

¿Y tú? ¿Quién crees que es R.?

Yo creo que R. es...

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
JULITA ATRAPA LA SEMILLA NÚMERO SIETE.

TALLA XS · A1
Quedaba una semilla en el suelo. Julita la atrapó. Siete.

TALLA S · A2
Otro relámpago: en el suelo quedaba solo una semilla. Julita la atrapó. Siete.

TALLA M · B1
Al relámpago siguiente solo quedaba una semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA L · B2
Cuando volvió a relampaguear, en el suelo quedaba una sola semilla, y Julita la atrapó. Siete.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Misma tormenta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

TORMENTA DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Si oyes un trueno, aunque sea lejos, entra en casa: el rayo ya puede llegar hasta ti.
2. Dentro, con una persona adulta, lejos de ventanas, puertas y cristales. Nada de invernaderos, puentes, árboles ni agua.
3. No salgas hasta media hora después del último trueno.
4. Contar elefantes sirve para saber si un rayo cayó cerca o lejos, y para calmarte. No sirve para saber cuándo salir.

CUENTA TU TORMENTA

Desde dentro de casa: cuenta elefantes entre el relámpago y el trueno.

Relámpago	Elefantes	Kilómetros (1 cada 3, aprox.)	Ese rayo, ¿más cerca o más lejos?
1	15	5	–
2	9	3	más cerca